

Capítulo 152 - Dos reyes

Vergil apareció en el centro de un lujoso ático, con los pies rozando ligeramente el suelo de mármol blanco, casi como si flotara. El espacio a su alrededor rebosaba opulencia: grandes ventanales que ofrecían una impresionante vista de la ciudad iluminada, muebles de diseño contemporáneo y una alfombra persa que se extendía por el suelo, contrastando con el ambiente moderno y minimalista. La suave luz dorada de las lámparas reflejaba la exclusividad del lugar.

El ambiente era tranquilo, pero algo en la vibración del aire le decía que no se trataba de un simple apartamento de lujo. A lo lejos, una mesa de comedor estaba puesta con velas encendidas, y flotaba un sutil aroma a comida, como si el anfitrión esperara a alguien, o quizás algo.

Vergil observó el entorno con indiferencia, como si no se impresionara fácilmente. Caminó hacia el centro de la habitación, con mirada aguda y calculadora.

«Qué broma», pensó al notar algo.

Al otro lado de la sala, un hombre con un traje impecable, de aspecto experimentado, se levantó de un sillón de cuero. Parecía tranquilo, pero sus ojos reflejaban una ligera aprensión al darse cuenta de que Vergil acababa de aparecer.

"Bienvenidos a mi humilde morada", dijo el hombre con voz suave, pero con una autoridad innata. "Soy Alessandro. Supongo que vienen por... un contrato".

Vergil lo observó un momento, impasible. "No me gustan las presentaciones largas. Solo Vergil. Me llamaste, aquí estoy. ¿Cuál es tu deseo?"





Alessandro sonrió levemente, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Parecía un hombre demasiado misterioso como para no saber con quién estaba tratando. "De acuerdo... Un contrato. Pero primero... ¿No quieres algo de beber?"

Vergil arqueó una ceja y cruzó los brazos con aire escéptico. «Usar una ilusión contra un invitado es bastante grosero, ¿no crees?». La actitud de Vergil cambió por completo al destruir al clon de un solo tajo.

Los ojos de Vergil brillaron rojos mientras todo el lugar estaba sellado, la mera existencia de la habitación parecía anormal, pero ahora... vio todo.

"¿Cuánto tiempo vas a seguir escondido?", preguntó Vergil, girando la cabeza hacia la izquierda. Entonces, un corte lateral atravesó toda la habitación, cortando la mitad de las paredes en línea recta.

"Fufufu..." Una risa contenida resonó en la habitación... muy similar a la voz del clon de Vergil. "Realmente te subestimé, pequeño Rey Demonio. No pensé que me encontrarías tan rápido. ¿Qué me delató?", preguntó la voz. Aunque no tenía rostro, Vergil pudo verla con claridad.

Pero por supuesto, se reveló... De la oscuridad surgió la silueta de un hombre alto, que parecía algo viejo, con cabello negro y ojos morados, vistiendo un largo abrigo negro; en realidad, todo lo que vestía era negro...

"No sé cómo funciona tu mente, pero si sabes quién soy, también sabes exactamente quién está detrás de mí. Aunque ocultes tu presencia, tu energía siempre te delatará, por mucho que lo intentes. Un solo rastro, y lo sabría." Vergil respondió con cautela mientras analizaba al hombre... Aunque la energía era negativa... no era energía demoníaca...





"Tsk, qué horrible sentido de la moda..." pensó Vergil, casi soltando una carcajada ante el "negro absoluto" que mostraba el hombre.

—Oye, no me mires así, como si hubiera cometido un delito —dijo el hombre al notar la mirada analítica de Vergil.

'Otro extrovertido...' pensó Vergil al ver el reflejo de Amon en el hombre, quien dio unos pasos hacia adelante, pero Vergil permaneció clavado en el lugar.

"Estoy bastante impresionado, debo decir", dijo el hombre, poniéndose las manos en la barbilla y observando a Vergil. "En menos de un año, te has vuelto bastante fuerte... Dime, ¿cuántos contratos has hecho?"

"Felicidades, eres el primero", respondió Vergil rotundamente.

El hombre se detuvo de repente y arqueó una ceja, pero al darse cuenta de que Vergil no mentía, su mirada se desvió sutilmente y volvió a hablar con normalidad. «Ya veo, un talento único».

"¿Pueden dejar de mirarme como si fuera un animal de zoológico? Ya que están aquí, solo díganme qué quieren", dijo Vergil, genuinamente desinteresado en el asunto. Quería pasar tiempo con sus esposas, no trabajar.

"Ah, sí, es cierto", dijo Azazel mientras se acercaba a Vergil y le extendía la mano. "Soy Azazel, el Rey de los Ángeles Caídos". Desplegó sus seis alas negras. Pero eso solo aburrió aún más a Vergil.

—Ah, sí —dijo Vergil, extendiendo la mano y estrechándola—. Me da igual. —Continuó—: Ahora, ¿puedes decirme cuál es tu petición para que pueda resolverla rápidamente y puedas irte?



Azazel observaba a Vergil con una mirada desconcertante, como si intentara calibrar la profundidad de su indiferencia. La mano de Vergil era fría y firme al estrechar la suya, sin la menor vacilación. Pero a diferencia de muchos que se sentirían intimidados, Azazel parecía disfrutar de la ausencia de miedo. En cierto modo, esto solo avivó su interés.

"Eres verdaderamente único", dijo Azazel, retrocediendo un paso mientras sus alas negras se plegaban suavemente tras él. Se giró hacia la mesa y tomó una botella de whisky, llenó su vaso y se lo ofreció a Vergil.

—No está envenenado —dijo Azazel, entregándole el vaso.

Vergil miró el vaso y... "Ah..." Suspiró. Luego, tomó el vaso, bebiendo a sorbos, sintiendo el dulce sabor bajar por su garganta.

"No está mal, pero aun así prefiero las bebidas de demonios..." pensó Vergil.

"Primero, me disculparé", dijo Azazel mientras acompañaba a Vergil a una silla, sentándose en la otra. "Te causé algunos problemas hace unos meses", comentó, y Vergil recordó vagamente al Ángel Caído que lo mató.

"Ah, no te preocupes, la verdad es que fue bueno haber muerto", comentó Vergil. "Fue un alivio, la verdad. Conseguí tres esposas y algunas cosas más". Admitió con una leve sonrisa, pero luego volvió a su absoluta indiferencia.

—Ah, sí, es cierto. Bueno, de hecho, se rebeló contra mí. Ya sabes cómo es, las jerarquías y las órdenes causan mucho descontento, sobre todo entre los manifestantes que aún quieren la guerra. —Azazel se encogió de hombros—. Para ella, los ángeles caídos deberían estar atacando a los demonios. La guerra y esas cosas.





"Considerando lo mucho que disfrutas de las orgías, eso es algo que realmente esperaba de ti", dijo Vergil de repente.

"¿Eh?" Azazel levantó una ceja.

—Oh, lo siento, mi esposa te sigue en Y, mencionó algo así —dijo Vergil, sin apartar la mirada del hombre—. En fin... Para ser un líder, te cuesta mucho controlar a tus perros.

"Estas cosas pasan, así que me disculpo", dijo Azazel.

«Para ser un rey... este tipo es muy educado...», pensó Virgilio. Era un enfoque que no esperaba.

—Ah, no me mires así. He sido negligente con algunas de sus acciones, durante mucho tiempo, de hecho. Pero ahora que las cosas se están saliendo de control, intento arreglarlas a mi manera —admitió Azazel.



—Aún no me has dicho por qué estoy aquí —dijo Vergil a continuación.

—Ah, sí, es cierto —dijo Azazel, mirando a Vergil—. Necesito un Cazador de Ángeles.

Vergil arqueó una ceja, con expresión impasible, pero en su interior, algo había cambiado. Estaba acostumbrado a cosas extrañas, pero lo último que esperaba era una petición tan directa.



Se cruzó de brazos y guardó silencio un momento, observando a Azazel. El Rey de los Ángeles Caídos parecía más... humano que muchos de los demonios que Vergil conocía. Su franqueza, aunque inusual, era sorprendente.

—Un cazador de ángeles, ¿eh? —preguntó Vergil con voz profunda, pero con un ligero tono de desinterés.

Azazel esbozó una sutil sonrisa; sus ojos morados brillaron tenuemente en la penumbra. «Sí, pero no es una cacería típica. Tengo algunos... desertores en mis dominios. Tienen sus propios planes, sus propias agendas, y si no los detenemos, podrían dañar tanto a los ángeles caídos como a los demonios. Un verdadero problema, ¿verdad?»

Vergil no respondió de inmediato. La idea de cazar a esos seres, aunque fueran traidores, no era algo que sintiera la necesidad de hacer. Sin embargo, la mención de un desequilibrio entre las facciones sí le llamó la atención. Sabía que cuando las cosas se descontrolaban, siempre era el caos el que se apoderaba de todo, y el caos, al final, nunca era bueno para nadie.



"¿Por qué yo? ¿No hay nadie más que pueda con esto?", preguntó Vergil con escepticismo. No quería involucrarse en guerras que no le pertenecían, y menos contra ángeles caídos.

Azazel lo miró con expresión comprensiva, como si ya supiera que esa sería la pregunta que le haría Vergil. "¿No lo sé? Le envié esta solicitud a Amon, y si él te la envió a ti, es porque quiere que la cumplas". Azazel se encogió de hombros.

—En realidad, le pedí que lo hiciera Zafiro, para que fuera rápido. Pero debió pensar que era mejor no hacerlo, ya que sabemos cómo es Zafiro —dijo Azazel, y una gran vena ya se estaba formando en la frente de Vergil...



"Si menciona a Zafiro como sirviente una vez más... voy a atacar a este tipo", pensó Vergil, empezando a enojarse...

"¿Y qué gano yo con esto? Considerando que probablemente no me darás tu alma. No soy tan estúpido...", dijo Vergil con voz fría.

"Ah, sí, aquí...", dijo Azazel, sacando un orbe azul de su bolsillo y lanzándoselo. Vergil lo atrapó y lo miró, sin saber qué era.

"¿Qué diablos es esto?" preguntó.

"Ah, es la Emperatriz Dragón de Platino".

